

CAPÍTULO XXXIII

Preparativos para una sorpresa

ESTABAN tan entretenidos con las cartas y la conversación, — dijo Teresa á Manuel, tendiéndole la mano, — que no quisimos distraerlos, y cansadas de tocar el piano y de cantar nos fuimos á las recámaras. Hemos dormido un poco, y ahora estamos listas y dispuestas para dar un paseo y tomar el desayuno en la puerta; con que sacudid todos la pereza y el sueño, y venid.

Como si la simpática voz de Teresa hubiese tenido un poder mágico, nuestros amigos despertaron á un tiempo, se limpiaron los ojos, y se pusieron inmediatamente en pié, sonriendo y respondiendo cortesmente al gracioso convite que les hacía la dueña de la casa.

—Celeste y el padre Anastasio partieron á la madrugada y dejaron esta carta para Arturo, — continuó

UNIVERSIDAD  
D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA

Teresa,—y en verdad oí entre sueños el ruido del coche que salía, pero no desperté sino cuando de regreso entré en el patio.

Arturo tomó la carta, la abrió, y pidió permiso para leerla.

«Amigo Arturo: Celeste ha querido entrar hoy en el colegio de las hermanas de Caridad; las reflexiones que ya le he hecho, no han servido sino para afirmarla más en su propósito, y he tenido que consentir. Me encargo que comunicase á usted su resolución. Vuelvo á mi retiro de la celda de la Profesa, y allí espera verlo su amigo y capellán que mucho lo quiere.»

—Esta muchacha tiene tanto de honrada y de hermosa, como de rara y de obstinada,—dijo Arturo estrujando con visible cólera la carta que acababa de leer.

—¿Pues qué ha sucedido?—preguntó Florinda.

—Se ha marchado con el padre, y hoy mismo será novicia ó postulanta en las hermanas de Caridad.

—¡Es posible!—dijo Josesito,—¡qué gusto tan pésimo ¡cuidar enfermos y velar muertos! ¡Qué feliz soy al considerar que nunca ha tenido Celestina tales inclinaciones!

—Tiene razón Celeste,—dijo Florinda al oírlo Arturo.—Aquí está la carta de Aurora: es imposible, Arturo, engañar dos mujeres á la vez; una ú otra.

Arturo tomó la carta, y en vez de abrirla y leerla, guardó.

—Esta es otra aventura,—interrumpió Josesito.

Arturo le hizo seña de que callara, y José bajó

los mientras Arturo se deslizó, y bajando al jardín abrió la amorosa misiva.

«Arturo de mi corazón: Hace muchos años que pensaba en un imposible, y hoy la realidad me llena de placer y de dicha: tú me comprenderás. Desde que viniste de Europa y te ví por la primera vez, te amé; y este amor, con la ausencia y con tu indiferencia y desprecio ha crecido hasta el punto de extraviar mi razón. Mi pensamiento, mi mundo, mi existencia, mi tesoro, todo eso eres tú; y hoy, segura como lo estoy por tus cartas y por las de Florinda, de que me has amado y me amas, estoy más contenta en este claustro que en medio del lujo, de las riquezas y de las diversiones.

«Gracias, mil gracias, porque tu prudencia y tu juicio me salvaron. Recibí tu papelito y acudí á la cita al jardín, pero te juro que me moría de miedo. Figúrate que la noche estaba muy oscura; que unas nubes negras y que parecían tomar la forma de espectros, estaban fijas en la cúpula y en la torre del convento y aumentaban más la oscuridad. Como las monjas dormían, todo estaba en el mayor silencio, y yo, como una sensitiva, me estremecía al menor ruido; me detenía cuando el viento silbaba en las hendiduras de las puertas y ventanas viejas y cerradas hace mucho tiempo. La falta que iba á cometer me hacía ver por todas partes sombras y bultos espantosos, mientras el amor me daba fuerzas y valor. Así atravesé los corredores, bajé las escaleras y penetré sola, como si hubiese venido del otro mundo, en aquellos patios tristes, donde se oía hasta mi propia respiración y los latidos de mi corazón. Llegué, y esperé cosa de un cuarto de hora; pero á mí me pareció una eterni-

D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO X  
RITA IV

dad; por fin, oí sonar las doce de la noche y creí morir porque cada campanada del reloj hacía saltar mi corazón. Como tú no llegastes, me creí libre de mi compromiso y me retiré á mi celda, con una mezcla de desconsuelo y de alegría difícil de definir; sin embargo, en aquel momento me parecía que me habían quitado del pecho la torre de la catedral. ¡Figúrate, Arturo, cómo se hablaría hoy en México de nosotros! ¡qué escándalo y qué comentarios! Todo esto me ocurría al tiempo de estararte detrás de la cerca; pero el amor era superior á mis pobres nervios, que se conmovían fuertemente. En fin, demos gracias á Dios de que así hayan pasado las cosas y de que nada, absolutamente nada, se haya trascendido en el convento; por el contrario, pensando yo que pronto saldré de esta cautividad, soy más cumplida y exacta en mis deberes y más amable con las superiores; así es que han vuelto á permitirme que escriba y que baje al torreón á hablar con Florinda. Mi madre, que, ó no ha amado nunca, ó perdió la memoria de sus primeros amores, me molesta y me oprime, pero yo la disculpo y la perdono.

»Tengo una plena confianza en tí: el amor grande que me tienes, te ha de dar fuerzas y actividad para triunfar de las preocupaciones de mi madre, de la severidad de ese padre Martín, tan austero y tan intratable, y sobre todo de la venganza de D. Pedro, que sin duda está ofendido todavía por la burla que le hice cuando tuve el atrevimiento de proponerme que me casara con él. Te lo contaré todo cuando podamos platicar.

»Adiós, Arturo; ámame mucho, porque de verdad encontrarás mujer en el mundo que te quiera como yo. Escríbeme por conducto de Florinda y no ceses de

bajar hasta que logres sacarme de este encierro. Te envía su alma y su corazón,—*Tu Aurora.*»

—¡Ese es amor!—dijo Arturo, besando una y mil veces la carta de Aurora,—y no el de esa otra veleidosa de Celeste, llena de preocupaciones y de rarezas.

Al decir esto, hizo pedazos la esquila del padre Anastasio y volvió de nuevo á besar la carta de Aurora.

—¡Bah!—continuó,—acabaron mis dudas y mis vacilaciones, y gracias á Dios que puedo fijar mi corazón en Aurora; una muchacha bien educada, hermosa, de talento y rica, muy rica, merece todos los sacrificios imaginables. En cuanto á Celeste, yo me he portado bien con ella... Si ha tenido la tontería de encerrarse con las hermanas de la Caridad, buen provecho... yo ni la obligo á esto, ni... en fin, una vez que la deje de ver algún tiempo,—prosiguió Arturo, llevando su pañuelo á los ojos,—ni yo me acordaré de ella, ni ella se acordará de mí. En cuanto á dinero, todo, todo lo que yo tenga será para ella, para ella... pero mi corazón para Aurora, sí, para Aurora, sin vacilar. Voy á encontrar á Manuel para combinar el modo de romper las costillas á ese maldonado viejo de D. Pedro, que es el autor de nuestras desgracias.

Arturo, repuesto de la emoción, dió la vuelta y divisó al fin de una calzada de fresnos á Manuel y Teresa; más atrás venían Celestina y Josesito, al parecer entregados á una amorosa é interesante conversación; y al último Carmela, seguida de Mariana, que cortaba mosquetas y madresevas para hacerle un peinado.

—De toda esta gente,—dijo Arturo suspirando,—no hay felices más que José y Celestina: frívolos, ligeros,

descuidados del porvenir, viven con el día, y no piensan en lo que podrá sucederles mañana; con todo, si D. Pedro triunfa, su ruina es también próxima y segura. La pobre Mariana, ó se sospecha que Carmela es su hija, ó un alambre eléctrico invisible la comunica con la que es un pedazo de sus entrañas. ¡Cómo la besa, cómo la acaricia, cómo le corta las más bonitas flores! ¡Pobres mujeres! ¡Pobre Celeste! ¡Pobre Aurora! ¡Mariposas que vuelan en torno de la llama, que es el amor, y que en cuanto la tocan se les queman las alas y mueren llenas de dolores! Manuel se acerca, y Teresa, que nada sabe sin duda de nuestra conversación con Rugiero, está alegre, risueña, animada como nunca la había visto.

En efecto, Teresa se acercaba, apoyándose del brazo de su amante, y éste, aunque sonreía, dejaba traslucir de sus ojos una tristeza profunda.

—Conocimos que tenías necesidad de estar un rato solo para leer tu carta,—le dijo Manuel,—pero como ya eso habrá pasado, venimos á buscarte. Nada le he dicho á Teresa de nuestra conversación de anoche; pero aun cuando esto le quite un poco de su buen humor y alegría, es necesario contárselo todo.

—No, nada de asuntos,—les dijo Teresa;—arreglen como quieran todo y déjenme el gobierno de la casa que es lo que toca á las mujeres. No quiero oír hablar ni de las haciendas, ni de los jueces, ni de D. Pedro, ni de nada, pues desde que he cesado de ocuparme en esto he cobrado á gran prisa la salud; así, hablemos de las flores, de los pájaros, de tus caballos, de las aventuras de Josesito y de Arturo, de lo que quieran, menos de negocios.

—Mira, Teresa,—le dijo Manuel;—precisamente por

que no quiero que ni tú ni yo nos ocupemos más en asuntos, es preciso que te resignes á esta última conferencia; ella decidirá para de una vez.

—Sea, pues que tú lo desees así, pero bien entendido que será la última vez que te escucharé; en lo de adelante, repito, gasta si te parece lo tuyo y lo mío, pero nada me digas.

—Convenido: esta será la última vez, Teresita,—dijo Arturo;—pero en este momento debemos hablar, y no hay tiempo que perder, porque veo que está ya el desayuno preparado debajo del fresno.

—Hoy debíamos ya ser esposos,—dijo Manuel á Teresa, estrechándole amorosamente la mano.

—¿De veras?—contestó Teresa;—¡cuánto te agradezco esta delicadeza! No me tocaba á mí decir una palabra, pero tú conocerás que mi posición no es buena. Tú eres un caballero, Arturo lo sabe también, pero el mundo juzgará de muy diferente manera.

—Quería yo darte una sorpresa y escribí al cura del Sagrario, que es excelente amigo mío, y me prometió venir; pero repentinamente se enfermó y todo se nos trastornó. ¿Qué quieres? Esto me puso de un humor pésimo, y mucho más la conversación de Rugiero, que tuvo la fineza de traerme personalmente el recado.

—¿Te dijo algo de mí?

—Al menos de cosas que á tí y á mí nos tocan muy de cerca. Luis, cuyos conocimientos y actividad en los negocios es notoria, y de cuya sincera amistad no podemos dudar, ha tenido una conferencia con D. Pedro, y de ella ha resultado que es imposible obtener nada por la vía de la justicia; así pues, desde anoche formé mi resolución que es invariable. Cuando yo he querido

unirme contigo, no ha sido ni para hacerte desgraciada, ni para serlo yo; y tampoco es para mi carácter sostener eternamente pleitos y vivir amagado, perseguido, temiendo siempre asechanzas, intrigas y traiciones. Bien mirado, mucho me alegro de que el cura no haya venido, porque te aseguro que no quiero casarme contigo, sino que verdaderamente pueda darte el bienestar y la tranquilidad. Verdad es que, con esta esperanza los años se han pasado así: pero ¿qué quieres? esto no proviene sino de lo mucho que te quiero y de la estimación que tengo por tu carácter.

Teresa miró expresivamente á Manuel, se puso algo encarnada, y bajó en seguida los ojos.

—Lo que te digo, Teresa, no es ni una lisonja ni una mentira, lo siente así mi corazón. Por otra parte, yo no puedo pagar tu amor y tu constancia sino con hacerte feliz; si en ello arriesgo y pierdo la vida, sea en buena hora, muero cumpliendo con la obligación de un caballero. La caballería andante no existe ya en el mundo, pero sí en el fondo del corazón de todo hombre bien nacido.

—Aunque leo en tu corazón, Manuel,—le contestó Teresa,—y comprendo bien el fondo de tus pensamientos, no alcanzo los medios que puedas emplear.

—No me queda otro recurso, supuesto que las vías de la justicia son inútiles, mas que arreglar esta cuestión personalmente. La razón y la justicia, aun cuando no fueran el amor que te tengo, me darían valor para todo.

—Es decir, que estás resuelto á llevar las cosas hasta el último extremo.

—A todo estoy resuelto, y tú comprenderás que esto es preciso. Ni tú ni yo somos unos criminales para que

estemos ocultos, y temiendo á todas horas asechanzas y persecuciones. Si queremos amarnos y casarnos nadie tiene derecho de impedirlo; si tus padres te dejaron bienes, tú y nadie más los debe disfrutar. Créeme, Teresa, sólo tu amor ha podido darme paciencia para sufrir tanto de un miserable, que habría matado con sólo mis miradas; pero todo tiene sus límites y te repito, no puedo sufrir un día más. Esta noche iré á casa de D. Pedro, y obtendré completa reparación de todo, ó morirá; sí, te lo juro, Teresa.

—Manuel! has ido exaltándote por grados y tú te calmarás. Un crimen, Manuel, echaría por tierra todo el castillo de naipes que hemos levantado con tanto trabajo. Tienes razón, es menester terminar de una vez esta vida de zozobra y de agonía, y apruebo que vayas esta noche, pero te voy á hacer una súplica que no me negarás.

—¿Cuál?

—Yo iré contigo.

—Eso no es posible, Teresa; tú no podrías resistir la emoción, te enfermarías...

—He calculado mis fuerzas, y tendré valor.

—¡Magnífica, excelente idea! — dijo Arturo, sonando en las palmas de las manos: — yo me encargo de organizar la visita, que debe hacerse en este orden: Josesito, yo, Manuel, Teresa al último, Teresa, á quien cree muerta, por la cual ha hecho ayer unas honras en San Fernando. Es necesario agobiar á este malvado con la justicia de nuestra causa; y si él se excede y dá lugar, tomaremos una resolución enérgica, despachándolo á la vida.

—Esa es una locura, Arturo; está bien que vayan to-

B. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO X

dos los que quieran, pero yo no abandonaré á Mamey un momento, y estoy segura de que no cometerá la menor falta. Pensad, amigos míos, que puede destruir para siempre mi felicidad con un paso imprudente.

Los dos muchachos dieron á Teresa cuantas seguridades quiso, y habiendo llegado los demás que faltaban sirvió Mariana el desayuno debajo del árbol frondoso donde se reunieron el memorable día en que llegó el capitán. Quedó convenido que las señoras permanecieran acompañando á Teresa, y que los hombres marcharan á México, cada cual al desempeño de sus respectivas ocupaciones.

La de Arturo era sobre todo preferente, revolvió en su cabeza el modo de causar á D. Pedro una sorpresa terrible, y sacarle antes de que volviese de ella, los timbres y los papeles relativos al caudal de Teresa y de Aurora. Como le había salido bien su improvisada comedia, decidió por resultado el casamiento de Celestina, así como el resultado de apoderarse de los documentos, y una vez hecho esto, D. Pedro quedaba como el león viejo sin uñas y sin dientes, y sirviendo sólo para excitar la pasión y la risa de todo el mundo. Es necesario advertir que Arturo escribió á Aurora antes de salir de la casita una apasionada carta, y con mil encarecimientos le encargó á Florinda que á la hora de la reja tomase un coche, y se diese una escapada para consolar á la casita.

Después de haber hecho esto y platicado á solas con Manuel para combinar su plan, Arturo salió de la casita acompañado de Josesito, que era, como habrá podido notarse, sus piés y sus manos.

—Tenemos para esta noche otra aventura, José.

—Todo lo que quieras, Arturo; pero por Dios no vaya á suceder que me dejes plantado en medio de una calle á deshoras de la noche, sin volverte á acordar de mí. Créeme que corrí un riesgo grande; más de veinte hombres acometieron al coche; pero yo tuve la sangre fría de empujar la portezuela, abrirme paso con pistola en mano por en medio de ellos y ganar la calzada de Santa Maria, donde una antigua criada mía, que se llama Mariana, abrió su casa y me dió asilo.

—Embustero de marca mayor! — le contestó Arturo riendo.—¡Qué veinte hombres, ni qué niño muerto! ¿No te acuerdas que yo recogí el sombrero negro que abandonaste en tu vergonzosa fuga?

—¡Yo fugarme, Arturo! Cree que te sufro porque eres mi amigo. Lo del sombrero consistió en que...

—¡Vaya! no hablemos más de eso,—le dijo Arturo pasándole amistosamente el brazo por el cuello;—si entramos en averiguaciones no saldrás muy bien que digamos; pero al fin yo tengo la culpa, puesto que no concurrí á la cita á la hora convenida: tú sabes lo que me lo impidió; pero en esta vez será diferente, porque se trata de tu salvación y de la mía, y es menester dar un golpe maestro á D. Pedro.

—¿A D. Pedro? Pues estoy listo y no temo á una legión de demonios que me lo impida. Desde matarlo hasta desollarlo vivo, á todo estoy dispuesto; porque te mataré, Arturo, que tengo celos de este viejo y que como se cumpla la predicción de Rugiero: además es necesario defender la casita y los muebles, aunque eso, bien mirado, ni es mío ni lo quiero.

—Es indispensable que mientras yo arreglo algunos otros asuntos,—prosiguió Arturo sin hacer caso de la

D. A. N. L.

CAPITULO ALFONSO

charla de José,—te pongas de centinela frente á la casa de D. Pedro, y tendremos mozos apostados para que me comuniquen tus noticias en el momento que salga á la calle.

—En seguida,—respondió José;—me he desayunado fuerte y tengo para de aquí á las cuatro de la tarde.

—Sería bueno que te pusieras unos anteojos, unas patillas grandes y espesas; cualquier cosa, porque el visajo es fino y malicioso.

—No haya cuidado, todo eso corre de mi cuenta. Llegaremos al hotel y al momento comenzaremos á trabajar activamente.

Con efecto, luego que llegaron al hotel dieron sus disposiciones, apostaron los mozos, y José, disfrazado, se ocultó en un zaguán frente á la casa de D. Pedro.

Dadas las once D. Pedro salió de su casa, y á pocos minutos, por medio del telégrafo humano que habían establecido, Arturo tuvo la noticia que deseaba é inmediatamente se dirigió á la casa del tutor, donde buscó y logró encontrar á una criada antigua que amaba mucho á Teresa.

—Mira,—le dijo,—en pago de una buena noticia que voy á darte, júrame, por la cruz de tu rosario, hacerme el servicio que yo te pida. Tu ama vive.

La pobre mujer creyó de pronto que Arturo se burlaba de ella; pero así que volvió á darle la noticia con toda formalidad, tuvo que apoyarse en el portón para no caer. Tan luego como se repuso de su emoción hizo entrar á Arturo á la asistencia, asegurándole que podían platicar con absoluta tranquilidad lo que fuera necesario sin ser interrumpidos, pues no volvería D. Pedro sino hasta las dos de la tarde.

—¿Con que es cierto que mi ama vive? Dios, sí, Dios

la ha salvado, porque aquí nos han dicho que una vieja hechicera de la hacienda la emponzoñó con unas hierbas, con *tolache* probablemente.

—Pues el caso fué que sucedió lo contrario; pero te repito que vive y que está en México.

—¿En México!—exclamó la criada;—¿Virgen Santísima! ¿En México la amita de mi alma! Yo quiero verla, señor, quiero besarle los piés y las manos, porque, además de que era mi ama, era una santa. ¿Cuándo perdía la misa todos los días, ni cada domingo dejaba de comulgar!

—Bueno, bueno,—dijo Arturo observando que la criada trataba de alargar mucho la relación;—verás á tu ama esta noche misma.

—¿Y dónde, dónde?

—Aquí, aquí mismo; pero es preciso que D. Pedro no sepa nada de esto, porque lo que yo quiero y lo que quiere tu ama es darle una sorpresa agradable.

—Pero el pobre de mi amo se va á morir. Figúrese usted que ha sentido á la niña como á su hija y hasta ha llorado, él que es tan seco y tan serio.

—No haya cuidado. D. Pedro, es verdad que se sorprenderá; pero de placer, de alegría, y esto no le hará mal. Conque vamos al caso ¿estás dispuesta á lo que deseamos?

—A todo, á todo lo que mi ama quiera.

—Perfectamente. En primer lugar, mucho silencio.

—Ni á mi confesor diré una palabra.

—¿A qué horas viene de noche D. Pedro?

—A las siete ó siete y media entra, pide su chocolate y su vaso de leche, y á las ocho reza la estación hincado de rodillas. El pobrecito ¡es tan santo y tan bueno!

—¿Tienes un cuarto separado en la casa?

—Cabalmente el que sigue á la recámara del amo, y como tiene su cancel y su puerta separada, la niña puede estar allí sin que nadie la vea hasta que ella quiera.

—Perfectamente. Entonces á las ocho, cuando estrezando D. Pedro, yo y un amigo vendremos con Teresa: mientras nosotros entramos por la sala tú recibirás á tu ama y la introducirás en tu cuarto. ¿Comprendes? Queremos dar una agradable sorpresa á D. Pedro y es necesario que nadie sepa una palabra. Advierte á tu ama que vendrán cosa de las ocho unos señores á buscarla, y, si puedes, será mejor que con cualquier pretexto no esperes en la puerta para evitar que nos haga preguntas el portero. Toma, y muchas gracias por tu deferencia y ayuda.

Arturo quiso gratificar con algunas monedas de plata á la vieja criada, pero ésta rehusó y dijo que se daba por muy bien pagada con sólo el gusto que iba á tener de ser la única que sabía el secreto y de dar un estrecho abrazo á su ama á quien todos creían muerta.

#### CAPÍTULO XXXIV

#### La sombra de Teresa

**A**RTURO y Josesito, con una incansable actividad acabaron de formar su plan, lo comunicaron á sus amigos, y aunque no dejaron de coger, como suele decirse, ninguno de los hilos, ni omitieron ninguna de las precauciones necesarias, temían que cualquiera circunstancia imprevista frustrase el golpe que meditaban, y la malicia y astucia de D. Pedro los dejase burlados por la postrera vez; sin embargo, no podían ya ni retroceder ni hacer otra cosa, y estaban dispuestos á aventurar hasta su vida con tal de apoderarse de los importantes documentos que les había indicado Rugiero.

Poco después de las ocho se presentó Josesito en casa de D. Pedro. Como la criada, impaciente y deseosa de ver á Teresa, les había ayudado eficazmente en su intento, el portero, prevenido de antemano, ninguna dificultad tuvo en dejarlo subir. Josesito, pues, haciéndose el

B. A. N. L. UNIVERSIDAD

CAPILLA ALFONSO X

tonto y desentendido, penetró á la asistencia, de la asistencia á la recámara y de ésta á una especie de oratorio, donde encontró á D. Pedro arrodillado, con un grueso rosario en la mano, rodeado de criados: estaba justamente en el último *requiem*, se supone que por el alma de su querida pupila. D. Pedro se limpió los ojos, que diz que tenía húmedos por el llanto que había derramado durante el rezo, se puso en pié, y al tiempo de apagar una vela de cera que ardía delante de la imagen de la Virgen de Dolores, engastada en un ancho y labrado marco de plata, divisó á Josesito, cuya figura desencajada, pero atrevida y resuelta, se asomaba por la puerta.

D. Pedro se sorprendió, porque, como todo hombre lleno de secretos y de intrigas, se sorprendía siempre que de improviso se le presentaba alguna persona; pero resuelto inmediatamente, y habiendo reconocido á Josesito, procuró sonreír y con una fingida cortesía se dirigió á él.

—Nos sorprendió usted en una piadosa ocupación, aunque los pisaverdes y libertinos se burlan de todas estas prácticas cristianas, creo que usted no llevaría mal...

Josesito, picado y ofendido de la gratuita inveciva del viejo, y resuelto por otra parte á desempeñar su papel que se reducía á dar una fuerte cólera al tutor, le respondió, no sólo con mal humor, sino con altanería.

—No sé con qué derecho, desde el momento mismo de saludarme, hace usted suposiciones gratuitas é hipócritas. Soy cristiano, y sin ostentación ni hipocresía, quizá mejor y más sincero que los que se roban lo ajeno.

—Lo dirá usted acaso, amigo mío, por cierta casa de la Ribera de San Cosme, que está arrendada en tre-

cientos pesos cada mes,—le contestó D. Pedro con tono irónico;—desearía ver los títulos para asegurarme de que su padre, ó algún tío rico de esos que hacían su fortuna en los ingenios de Tierra Caliente, se la ha dejado en herencia; pero siéntese, siéntese usted y dígame qué me proporciona la satisfacción de ver á usted por mi casa á estas horas de la noche, é introduciéndose hasta mi propio oratorio así, como quien dice...

Como se vé, los dardos del viejo fueron á herir el corazón del muchacho, el que se mordió los labios, apretó los puños y se quedó más de cinco minutos sin tener que responder; pero por fin recobró el uso de la palabra.

—La casa de la Ribera de San Cosme, ni es mía, ni tampoco es de usted, Sr. D. Pedro.

—Ya se vé, es de Celestina; pero como usted es ya el marido de Celestina, no me parece que digo mal, ni lo ofendo cuando asiento que...

—Dejémonos de averiguaciones y de explicaciones inútiles, caballero,—le dijo José resueltamente,—yo vengo á que me explique usted ¿por qué quiere embargar á Celestina?

—Toma, porque me debe dinero. Páguelo usted, que es su marido, é inmediatamente suspenderé las diligencias judiciales.

—Eso es precisamente lo que yo vengo á solicitar de usted.

—¡Ah! ¿me viene usted á pagar?—dijo D. Pedro.

—Si, en otra moneda desearía pagar á usted, y si no fuese usted un viejo mentecato, que, cuando le conviene, grita como una mujer, tiembla como un azogado y se queja, ya nos entenderíamos, y las cosas se arreglarían de otra manera.

—Un desafío, ¡ah! se trata de un desafío,—dijo don Pedro.

—Ni más ni menos que eso; pero desgraciadamente usted no es capaz de...

—Se equivoca usted; soy un hombre que le contestaré de cuantas maneras quiera. Déme usted por escrito su queja y mándeme sus testigos mañana á las once, y si le he ofendido le daré con las armas la debida satisfacción.

José miró fijamente al viejo y apenas podía creer tal determinación: así es que se quedó un poco pensativo.

—¡Ah! reflexiona usted, se va atrás,—dijo D. Pedro: —ya lo suponía yo, porque su costumbre es insultar á los inermes y á los débiles que sufren sus injurias.

—Mi costumbre es no dejarme engañar de miserables,—contestó Josesito en voz alta.—Desea usted que yo le escriba una carta y que le mande mis testigos para esconder, como hizo cierta persona días pasados, un escribano que diera fe de todo, quejarse en seguida con el gobernador y sumirme en la cárcel. ¿No es verdad que he adivinado?

D. Pedro se mordió á su vez los labios y bajó los ojos, quedándose callado un momento; después respondió:

—No sé qué datos pueda usted tener para pensar así; pero dejemos todo esto á un lado y dígame terminantemente qué desea.

—Que me entregue usted unos documentos donde están varias firmas de Celestina. Usted le reclama dinero que no ha recibido, y, por consecuencia, yo quiero esos papeles.

—Con mucho gusto los daría á usted para que tuviera una nueva prueba de mi deferencia; pero me es imposible: los tiene el escribano.

—Eso no es cierto, y sé que están en el cajón de esa mesa.

—En este cajón no hay nada,—contestó D. Pedro torciendo la llave.

—Sr. D. Pedro,—dijo Josesito arrojándose con calma en un sillón,—yo no me muevo de aquí hasta que no me entregue usted esos papeles: búsquelos usted despacio, que no tengo prisa.

—Y de camino busque también,—dijo Arturo, que entraba en ese momento,—unas cartas y unas libranzas que mi pobre padre le dejó creyendo que era usted un hombre honrado, y de las cuales ha abusado en estos días, haciendo creer á mi apoderado que las alhajas de mi madre las retuvo como garantía de dinero que se le pidió prestado.

—Pero ¡qué diablos se le ha metido al portero para dejar subir á todo el mundo! ¡Hola! ¡Hola!

—¡Silencio!—dijo Arturo,—y no hay que alborotar la casa: los que estamos aquí no somos ni unos petardistas ni unos salteadores. Si algún riesgo hay somos nosotros los que lo corremos; con que, silencio y acabemos breve, porque no deseo prolongar mucho tiempo esta conferencia.

—Y bien, ¿qué queréis?—dijo D. Pedro con tono colérico;—porque la paciencia se me agota ya. Soy hombre que no molesto, que no me mezclo con nadie, y es triste cosa que á la hora menos pensada vengan los que, habiendo botado por la ventana todo su patrimonio... pero tampoco tengo que meterme en esto; decid pronto lo que queréis, porque de lo contrario abriré el balcón y daré voces.

—¡Mis papeles!—dijo Arturo con firmeza.

D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO X

—¡Mis papeles!—gritó Josesito.

—¡Los papeles de Teresa!—gritó otra voz fuerte que hizo estremecer á D. Pedro.

Era Manuel, con sus ojos negros y brilladores como los de la hiena en la oscuridad de la noche, con su semblante blanco y transparente por la cólera, con su gran bigote negro retorcido.

—Caba... caba... caballeros, pasad... pasad...—tartamudeó D. Pedro involuntariamente y tendiéndole una mano flaca y temblorosa que el capitán no quiso tomar.

—Me creíais muerto, ¿no es verdad?

D. Pedro en un momento procuró rehacerse y cobrar ánimo, considerando que no le quedaba otro recurso para salvarse de la tormenta que le había sobrevenido.

—Habían dicho, en efecto,—contestó procurando sonreír;—pero ¡bah! yo nunca lo quise creer, porque es natural que... vamos... cuánto me alegro... sentaos... es verdad que estáis muy pálido... pero... ¡bah! no es cosa... sentaos todos, y veremos como entre amigos arreglamos las pequeñas diferencias... Si yo siempre he estado dispuesto... ¡oh! pobre Teresa... pobre Teresa.

D. Pedro, al decir esto y para acabar de disimular su turbación, llevó su pañuelo á los ojos; Manuel se retorcía el bigote y quería estallar, pues la cólera le ahogaba; Arturo estaba á punto de soltar una carcajada, y Josesito reconcentrado en una sola idea, no quitaba la vista de los cajones y de la papelera, esperando el momento oportuno para echarse sobre los interesantes documentos.

Manuel, que no podía tenerse en pié, se dejó caer en un sillón, se limpió algunas gotas de sudor que corrían por su frente, y con una voz pausada y solemne, continuó:

—Temía esta entrevista, porque no creía ser dueño de mí mismo: vengo sin armas y por la última vez de paz; no deseo hacer á nadie el menor mal y sólo evitar el que á mí me lo hagan. Si estas pocas palabras bastan para que me comprendáis no gastaremos más tiempo: dadme los papeles y os dejaremos quieto para no volvernos á ver en la vida.

—Serenaos un poco, caballero, serenaos; estáis pálido y agitado, y sin duda os han dado mis enemigos sinietros informes. No comprendo, en verdad, qué papeles todos me piden los papeles; pero los que yo podía tener, que son los relativos á la testamentaria de Teresa, no están aquí.

—Si están; los tenéis en vuestro poder, así como los de Aurora, que no ha muerto; pero que gime por vuestra culpa encerrada en las cuatro paredes de un convento,—dijo Luis, que era el nuevo personaje que aparecía en la puerta.

D. Pedro se sorprendió otra vez, se levantó de su asiento, buscó una salida por la pieza; pero Arturo se colocó en una puerta y Josesito en la otra.

—Deseaba yo un vaso de agua para mi amigo el señor capitán,—dijo procurando poner una cara muy amable.—José, hacedme el gusto de llamar una criada.

D. Pedro habría dado una talega de pesos por tener delante de sí á alguna criada á quien hacerle seña para que le llamase á los serenos ó le proporcionase algún auxilio.

—No hay necesidad de nada, Sr. D. Pedro,—dijo Manuel,—sino que lo más pronto posible acabemos esta conferencia. Estamos impuestos de todo, y cada uno de nosotros reclamamos unos documentos que se hallan en

vuestro poder, y con los cuales habéis logrado hasta ahora interrumpir el curso natural de la justicia. Como ante los tribunales serían perdidas las cuestiones para nosotros, hemos resuelto venir á esta casa para que nosotros mismos, sin necesidad de jueces ni de abogados, nos administréis justicia.

Habéis manejado muchos años los bienes de una muchacha inofensiva, desvalida, como lo son todas las que tienen la desgracia de que la muerte les arrebató á sus padres... Bien, no quiero cuentas ni inventarios, ni nada, cerraré los ojos sobre lo pasado: entregad lo que corresponde á esa señorita, á quien hicisteis desgraciada; seremos, no amigos, pero al menos indiferentes el uno para el otro.

Habéis tomado unas alhajas, que pertenecían á un joven que no tenía otro patrimonio, y ahora abusáis, presentando unos documentos que se dejaron en vuestro poder por confianza, ó por un incalificable descuido. Arturo no quiere sus alhajas, porque sabe que os las queréis, pero dadle el ínfimo valor de ellas, en fin, lo queráis, y jamás os volverá á molestar.

Habéis seducido á una muchacha que era buena y honrada, porque mucho tiempo estuvo en compañía de la madre de Arturo, y cuando sigue una vida regular, honesta como esposa legítima de un apreciable y laborioso y bien educado, queréis arrebatárselo que posee, y dejarla en la miseria, para obligarla á esto á que sea venal y pervertida.

Por último, habéis abusado en la hora de la muerte de las creencias y del carácter de una señora, religiosa y buena, para encerrar á su hija en un convento y quitarle los bienes. Dadle lo que es suyo, y sobre todo

la libertad, porque lo que habéis hecho ha sido, abusando de vuestra posición en el mundo, de la falsa reputación que habéis adquirido, no con el ejercicio de la virtud, ni de la religión, sino de las exterioridades y de la más refinada hipocresía...

Ya veis, no apelo más que á la voz de vuestra conciencia: haced todo lo que os digo y quedaréis rico y feliz. Los pocos años que tendréis que vivir en el mundo, serán tranquilos; el dinero, el dinero es en verdad la mitad de la vida, ó la vida entera, pero llegando á cierta suma, todo es igual. Lo mismo será para vos morir dejando cien mil pesos que doscientos mil: ya veis, vengo de paz, y quiero que todo pase entre caballeros y hombres de honor. Si alguna palabra dura he podido decir al hablar, tenedla por no dicha, y perdonad... Escuchad la voz de vuestra conciencia, repito... pensad bien antes de dar vuestra respuesta... porque después... no sé... quizás será ya tarde.

Todos callaron y hubo como un cuarto de hora de un silencio solemne: al fin D. Pedro tomó la palabra.

—Capitán,—dijo,—pagado de vuestras maneras y vuestra cortesía, voy á responder: en cuanto á los bienes de Teresa, tengo mis cuentas arregladas y presentadas al juez de los autos. Habiendo muerto la pobre criatura, sin haber contraído matrimonio, no creo que tengáis derecho... sin embargo, vos que la quisisteis mucho, y que hicisteis mil sacrificios por ella, merecéis un recuerdo, y desde luego os ofrezco dos casas: una donde estaba la tienda del *Sol Mexicano*, y la otra en una buena calle... con esto podréis vivir sin necesidad de la milicia, ni del gobierno.

Manuel se enderezó en la silla, y quiso levantarse y

7. N. B. D.  
CAPITULO VIGINTIQUINTO

CAPITULO ALFONSO SINA

ahogar al viejo; pero reflexionó que era mejor dejar que acabase, y así guardó silencio, é hizo señas á los demás para que lo guardasen. D. Pedro continuó.

—Respecto de las alhajas, mucho me alegro que todos sepan que se las llevaron los ladrones. Pudiendo como puedo probar el robo, ninguna responsabilidad tengo; pero, repito, quiero ser deferente. Entregaré á Arturo la carta y libranzas del señor su padre, y además cinco mil pesos; pero me firmará un documento por el cual conste que nada tiene ya que reclamarme.

No quisiera yo mentar ni aun de chanza á Celestina porque ha sido la causa de mi ruina; pero en obsequio de José, le dejaré la casa y los muebles, si él consiente en separarse de ella y hacer un viaje... Yo lo colocaría bien en Guanajuato ó en Monterey.

Josesito iba ya á lanzarse á su vez al pescuezo de D. Pedro, pero lo detuvo una mirada del capitán.

—Del asunto de Aurora nada puedo hacer, ni tengo que ver en él: está confiado al padre Martín, y como podrá entenderse el Sr. D. Luis: hablaré al padre, se lo recomendaré mucho, eso sí, pero será á condición de que Aurora profese y no dé el escándalo de abandonar la santa casa donde la puso la difunta señora. Creo, señor capitán, que pensaréis que he sido dócil y racional para todo: ¿queréis más? Hablad, estoy dispuesto.

Arturo no pudo contenerse, y se levantó efectivamente de la silla, para contestar por las vías de hecho á las proposiciones del tutor; pero Manuel le hizo señas con la mano de que se contuviera, y continuó:

—Veo que con vos no es posible transacción ni avenimiento alguno: si en la edad que tenéis, no escucháis la voz de vuestra conciencia, pocas esperanzas nos quedan

ya. He tenido más sufrimiento del que creía; pero ya se me acabó, y no quiero que hablemos una palabra más. Dadme los papeles:

—¡Sí, los papeles!—dijeron todos.

—Los papeles he dicho que no los tengo,—dijo D. Pedro con altanería.

—Caballero, evitadme una violencia y un disgusto,—dijo Manuel poniéndose en pié;—dadme los papeles.

—He dicho que no los tengo,—contestó D. Pedro resueltamente, y dirigiéndose á tomar el cordón de la campanilla.

—¡Los papeles, he dicho!—gritó Manuel, tomándolo fuertemente del brazo, y evitando que sonase la campanilla.

—¡Qué hacéis!—dijo D. Pedro temblando de la cólera.

—Tengo necesidad de llamar en mi auxilio, porque se me quiere asesinar: Jacinta, Lugarda, Margarita,—gritó D. Pedro dirigiéndose á la puerta.

—No hay necesidad de llamar á nadie, Sr. D. Pedro: he venido para defenderos, para evitar una violencia; pero os lo ruego, por Dios, por la Virgen María, por vuestra salvación, entregad esos papeles; no irritéis á Manuel, porque os matará.

La que decía esto era Teresa, que, como hemos dicho, había estado oculta, escuchando todo en el cuarto de la vieja criada. Como Manuel se había exaltado con la negativa de D. Pedro, y Teresa conocía mucho su carácter, no pudo ya contenerse, y salió á poner término á la disputa con su presencia. El susto que tenía de la escena que presenciaba, la emoción de verse en la casa donde tanto había sufrido, y delante del autor de todas sus desventuras, dieron á su semblante una tinta azulada, y á su

B. A. N. L. DELICATA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSO X

voz un sonido lúgubre, de manera que cualquiera habría dicho que era una sombra que se levantaba del sepulcro; que era la conciencia misma que salía del pecho de D. Pedro, para echarle en cara toda la deformidad de su conducta.

Apenas oyó la voz, volvió la cara y vió la sombra pálida y leve que le hablaba, cuando se dejó caer en una silla, y se cubrió el rostro con las manos exclamando dolorosamente:

—¡Teresa! ¡sí, es la sombra terrible de Teresa!

Los concurrentes se quedaron mudos y silenciosos. Teresa misma no sabía qué hacer, hasta que por fin se adelantó y tomó la mano del tutor.

—Hablad, D. Pedro, disipad vuestro temor, Dios ha querido conservarme la vida, tal vez para evitar una desgracia para vos y un crimen para Manuel. Entregad los papeles y tranquilizaos, que ninguno de nosotros quiere haceros el menor mal.

Apenas sintió D. Pedro, el contacto frío de la mano de Teresa, cuando levantó la vista, la fijó en todos como si hubiese perdido el juicio, y se puso á temblar como un azogado.

Teresa asustada del efecto que había hecho su presencia en el ánimo del tutor, llamó á las criadas, que lo llevaron á la cama, y le comenzaron á prodigar toda clase de auxilios. Entre tanto, Josesito que no había despegado los ojos de los cajones y de la papelera, aprovechando la confusión y el aturdimiento en que todos estaban, abrió el cajoncito del escritorio se apoderó de los papeles, los metió entre sus pantalones, en las bolsas en el sombrero, en donde pudo, de manera que no fuesen vistos ni de los criados ni del portero.

—Tengo ya los papeles,—dijo Josesito en voz baja á Arturo,—avísales á todos que mañana estén reunidos en la quinta, y después de un buen almuerzo, haremos el examen del tesoro que hemos adquirido en esta dichosa noche.

Cuando los demás concurrentes se cercioraron de que el accidente que acometió á D. Pedro no era de gravedad, se retiraron dirigiéndose á la quinta, dejando á los criados que hicieran sus comentarios sobre el suceso, y formando ellos los suyos, que no eran decisivos hasta no saber la importancia y contenido de los papeles.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO X